

a entenderla, se nos ha vuelto a anegar, desvanecida, para esconderse de nuevo, en la tierra, como semilla que espera, algún día, en el seno de la misma Iglesia, volverse a revelar.

No será esta tarea de uno sólo. Pertenece a la interminable historia de conversión de la Iglesia. Y el mismo perdón tiene su fuerza, como virtud moral, como palabra revelada, «Vigía del Verbo», «Palabra Eterna», «privilegio de algunas de estas palabras que contienen un futuro no actualizado y cuya superación completa nos es todavía imposible de vislumbrar». «Entonces habrá que dejar que de ellas caiga como camisa de serpiente, cierto sentido que tuvieron un día, para que aparezca al descubierto el sentido al que apuntaban», nos advierte **María Zambrano**.¹⁰

El Espíritu no cesará de suscitar «maestros interiores», en el mismo seno de Iglesia, quienes quieran hacer recordar, incesantemente, que hay una barrera entre el silencio de Dios y el ruido del mundo, y que en ese borde de identidad, es posible despertar en «el alma dormida» las palabras del Evangelio, las palabras de perdón del Cristo de la Cruz.

Mas ¿quién recordará el perdón en la cultura europea, que agotada en la lucha con Dios, desconoce a éste, lo olvida, sumergiéndose en un profundo vacío? ¿En que tierra de cenizas germinará?

Se necesitan en el ámbito filosófico, autores que reivindiquen nuevamente la intimidad como plataforma ética. Y como decía Platón, autores que hablen de la necesidad de un confidente, del «hambre de ser vistos», y así, desde mi intimidad, verificar mi cambio, mi conversión, frente al otro.

Pedagogos que nos enseñen a apalabrar y encarnar la «ética de contraposición» cristiana, y la confesión como el «dejarnos mirar por la mirada del otro», y en última instancia por el Otro escrito con mayúsculas, como la mirada eterna que se desvela encarnándose en la historia del hombre. Esfuerzo que se ha hecho en el pensamiento hebreo con Rosenzeig, Benjamín y Levinas, pero no en el cristiano.

¹⁰ ZAMBRANO, María, *Persona y democracia*, San Juan de Puerto Rico, 1958. p. 119.

